

que estaban poseídos, y que les había dado el nombre. Subsistían del trabajo de sus manos, y nada poseían como propio; vivían en comunidad, rezaban el oficio canónico de día y de noche, muchos se abstentaban de carne, y no usaban de lienzo. Estaban las mugeres de un modo separadas de los hombres, que no se veían ni aun en la iglesia. Esta institucion había sido aprobada por el Papa, permitiendo á los clérigos y á los legos letrados que la seguían dar instrucciones públicas. Otros muchos, además de estos que vivían en comunidad, á persuasion suya hacían una vida egemplar en el mundo con sus mugeres é hijos. No fueron estos los humillados que condenó el concilio de Verona; antes aquellos que usurpando este nombre, como tambien el ministerio eclesiástico, osaban predicar sin mision y administraban los sacramentos.

17. Tratábase en la sentencia del concilio de los waldenses ó pobres de Leon, imitadores depravados de aquellos virtuosos modelos. Tuvo principio su secta, menos antigua que la de los albigenses, en el año 1160 con la ocasion que vamos á referir. Hallándose congregados muchos vecinos distinguidos de Leon, uno de ellos murió de repente á su presencia. Tan penetrado quedó Pedro Waldo, que era de la compañía, de este acontecimiento, que distribuyó al punto sus bienes entre los pobres, y estos se aficionaron á él en gran número. Exhortóles á mudar su primera indigencia en una pobreza voluntaria y meritoria, parecida á la de los primeros fieles; y como

poseía algunos conocimientos literarios, se puso á explicarles los escritos evangélicos en lengua vulgar. Acusóle el clero como un temerario, y quiso imponerle silencio: mas él despreció las amonestaciones y reprensiones, hizo suceder la invectiva á la doctrina, y representó los sacerdotes á sus discípulos como gentes corrompidas en las costumbres y bajamente envidiosas de la pureza de su vida y de su doctrina. Llamáronlos waldenses del nombre de su maestro, leonistas del de su patria, y sabateos ó insabateos á causa de su calzado, que era abierto por encima en forma de cruz (1). Al principio no tuvieron otra cosa reprehensible mas que su ociosa pobreza, junta con el desprecio de la autoridad eclesiástica; y por espacio de mucho tiempo formaron un cisma semejante al de los donatistas, mas bien que una heregía propiamente tal. Mas esta sola disposicion abría la puerta á todos los errores, y solo faltaba una ocasion para precipitarse en ellos.

18. Hallándose entretanto en Verona el Emperador Federico con el Papa Lucio, el patriarca de Jerusalem, los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios, acudieron á pedir socorros en nombre del Rey Balduino. Este pobre Príncipe, incapáz de obrar á causa de su enfermedad, y no hallando mas auxilios en su reino en tanto que Saladino hacía todos los dias nuevos progresos, había tomado el partido de enviar sus embajadores para interesar á los occidentales en favor de la triste suerte de los

(1) *Everard. contr. Wald. cap. 25.*

cristianos de oriente. Vióse precisado, después de haber dado la regencia de su reino á Guido de Lusignan su cuñado, á despojarle de ella á causa de la incapacidad y altivez indómita de este jóven señor. Substituyóle luego el conde de Trípoli que habia gobernado ya durante la menor edad del mismo Rey. Lusignan, que era conde de Joppe y de Ascalon, plazas muy importantes, se retiró descontento á la última, y negó paladinamente la obediencia á Balduino.

No causaba menor inquietud que el conde de Joppe, Boemundo III, Príncipe de Antioquia. Dejó á su muger legítima por una concubina; y no atendiendo el patriarca Almerico á otros impulsos que á los de su celo, le escomulgó. Furioso el Príncipe persiguió sin ninguna reserva, no solo al patriarca, sino tambien á los obispos y á todo el clero, asoló sus posesiones, y robó los bienes de las iglesias y de los monasterios con brutalidad sacrilega. Quedó reducido el patriarca á encerrarse con su clero en una fortaleza que pertenecia á la iglesia, y adonde Boemundo fue á sitiarse. Un señor poderoso llamado Rainaldo Mansuer, se retiró tambien en uno de sus castillos tenido por inconquistable, y acogió en él á las personas de diversos estados que eran el blanco de la persecucion. Escandalizados asimismo algunos otros señores de los excesos del Príncipe, abandonaron su servicio. Con todo, atento Saladino siempre á aprovecharse de la mas pequeña ocasion, infundia en todos los buenos ciudadanos un temor profundo de la suerte del estado. Recelaban igualmente dejar

á Boemundo abusando de su poder, y emplear la fuerza para reprimir á un Príncipe arrebatado, capaz de llamar á los infieles en su auxilio, y muy débil para desprenderse de ellos cuando quisiese.

19. La Iglesia en tan triste coyuntura recibió algun consuelo de los maronitas, que el patriarca Almerico tuvo la fortuna de hacer volver á la comunión de la santa Sede. Eran monotelitas, y tan famosos ya mucho tiempo por su adhesión á esta heregia, que para señalar á sus sectarios no se usaba otro nombre que el de maronitas, en lengua árabe que era vulgar en Siria. Así que tornaron al seno de la unidad con su patriarca, y algunos de sus obispos, no solamente abrazaron la fe católica, sino tambien los ritos latinos, hasta tomar el báculo y la mitra, y substituir las campanas á las matracas que usamos en viernes santo, y de las cuales los orientales y los griegos se sirven todo el año. Conservaron solamente de particular la lengua caldea para el oficio divino, en el cual la usan en el dia, aunque el árabe es su lengua nativa. Como esta nacion era muy guerrera y habia adquirido renombre de valor, los francos se alegraron vivamente de una reunion que tanta ventaja podia prometerles contra los infieles.

No tanto empero les faltaban fuerzas, quanto la buena direccion y el talento necesario para emplearlas con utilidad. Los embajadores que el Rey Balduino habia enviado á Europa, conocieron esta verdad, y la dijeron claramente al Rey de Inglaterra, á quien fueron á presentar la relacion de sus desór-

denes y de sus infortunios, lo mismo que á todos los Príncipes mas poderosos de la cristiandad. Enrique II, creyendo no poder marchar en persona á la defensa de oriente sin olvidar, contra el juramento hecho en su consagracion, los cuidados de su propia corona y los intereses de su pueblo, prometió ayudar con sus tesoros y con todo su poder á los que quisiesen ir (1). Díjole agitado el patriarca de Jerusalem: esto es no hacer nada, Señor; nosotros buscamos valor y no dinero, pues de todos los países nos lo envían; pero nos falta un hombre. Pidió que el Rey enviase á lo menos á uno de sus hijos, y hallando el Rey todavía dificultades, rompió el patriarca todos los límites del respeto y de la moderacion, amenazó al Príncipe con el abandono de Dios, y lo que fue mas afrentoso, le reprendió la muerte de Santo Tomás de Cantorberi. Mucho irritó efectivamente á Enrique este discurso. „Y bien, le dijo el patriarca con gravedad, haced de Heraclio lo que hicisteis de Tomás. ¿Qué me importa ser sacrificado en vuestras manos, ó en la de los musulmanes, cuando vos no sois menos hábil que ellos en hacer mártires?“ Este era aquel mismo patriarca Heraclio, sin pudor y sin costumbres en Palestina, y en Europa se esplicaba con el lenguaje de los mártires y de los Apóstoles.

Contúvose prudentemente el Rey Enrique, y no disminuyó en nada su buena voluntad para con los cristianos de levante. Pasó á Normandía con sus em-

(1) *Joan. Brempt. Chron.*

bajadores, y después de celebrar allí la fiesta de Pascua, tuvo cerca de Ruan una conferencia con el Rey de Francia que duró tres dias. Fue el resultado que se enviaria á la tierra santa un auxilio considerable, tanto de gente como de dinero. Muchos señores y prelados hubo que tomaron la cruz al instante, y entre otros Balduino de Cantorberi, colocado recientemente en su silla, y Gualtero arzobispo de Ruan. Pero no correspondiendo la egecucion á este primer ardor, los cruzados no se apresuraron á salir, y el patriarca de Jerusalem se volvió casi con tan poca compañía como la que habia traido.

El Rey Balduino IV murió en estas circunstancias, el 16 de Marzo de 1185. De este modo quedó en el trono un infante de siete años en la persona de Balduino V, coronado en vida de su tío. Llegó á ser mayor la desgracia, cuando la muerte de este jóven Rey hizo en el año siguiente pasar el cetro á Guido de Lusignan, su padrastro, esposo en segundas nupcias de Sibila, hermana de Balduino IV. Este que se mostró incapaz de la regencia, fue revestido de la dignidad real por el crédito de su muger. Prescindiendo de esto los grandes, miraban con disgusto el elevamiento de un hombre que no era de sangre real mas que ellos. El conde de Trípoli particularmente, Raimundo III, de la casa de los condes de Tolosa, quedó tan resentido de esta preferencia, que llegó al punto de vender la causa comun tratando con Saladino.

Aunque el Papa Lucio dió algunos pasos á con-

secuencia de la embajada de Balduino IV, á fin de sostener su reino vacilante, la muerte del Pontífice sucedida casi al propio tiempo que la del Rey, le impidió procurarle los auxilios que pedian unas necesidades tan urgentes. Murió Lucio en 25 de Noviembre del mismo año de 1185. Algunos días despues le dieron por sucesor á Humberto Crevilli, natural de Milán, de donde era arzobispo tan solo siete meses.

20. Permanecia aun en Italia el Emperador Federico, donde casó al Rey su hijo, Príncipe jóven de veintiun años, con Constantina, heredera presuntiva del reino de Sicilia, que contaba treinta y uno. Hizole en el mismo dia tomar el título de César. Con aflicción vió el nuevo Papa, llamado Urbano III, este principio arbitrario de imperio, y quizá mejor, una alianza dirigida á hacer al Emperador todopoderoso en Italia: como milanés, apenas podía olvidar los males que este Príncipe habia hecho á su patria. Tambien contribuyó bastante el jóven Rey Enrique, de genio altivo, inquieto y colérico, á fomentar la division entre el Emperador su padre y el Sumo Pontífice (1). Tornó á promover resueltamente la cuestion de las investiduras que habia ocasionado tan funestos y largos disturbios; y porque un obispo, por otra parte muy contenido, no aprobó sus pretensiones, le mandó dar de bofetadas y arrastrarle por el suelo. Porque el Papa Urbano no se manifestaba benévolo á sus ideas, el Príncipe se

(1) *Arnold. Lubec. Chron. Slav. III. cap. 16.*

apoderó de una gran suma de dinero restituida al Papa, y mandó cortar la nariz al conductor. En cuanto al Emperador, sin querer desautorizar lo que se habia arreglado tan costosamente con respecto á las investiduras, quiso á lo menos mantenerse en algunos otros usos que no habian sido abolidos de una manera tan auténtica, y que Urbano III miraba con todo como abusivos. Formóse un partido entre los señores y los prelados cada uno de los contendientes. Fermentó la division con ardor: el Emperador prorumpió en quejas injuriosas contra el Papa; el Papa amenazó al Emperador con los rayos de la Iglesia, y para arrojarlos mas libremente habia salido ya de Verona que era adicta á Federico, cuando la muerte del Pontífice previno este terrible golpe, y todas las desgracias que se habrian subseguido.

21. Mas en tanto que estas tempestades agitaban toda la Iglesia, la obra del Señor se adelantaba á lo lejos en las naciones bárbaras del septentrion (1). Un celoso canónigo de Sigeborg, llamado Meinardo, hizo muchos viages á Livonia con mercaderes para efectuar un comercio bien diferente de aquel que al parecer se proponia: por esta industria se insinuó en el espíritu de aquellos pueblos, les inspiró el gusto por las riquezas que la polilla y los gusanos no corrompen, y ganó gran número para Dios. Instruido el arzobispo de Brema del estado de los asuntos, le confirió su mision en forma, y á fin de conciliarle la mayor autoridad le ordenó de obispo. Meinardo

(1) *Arnold. Lubec. Chron. VIII. cap. 8.*

estableció su silla en Riga, capital del país, y edificó una iglesia catedral en 1188. Su afabilidad, su dulzura, sus liberalidades, junto con sus virtudes atrajeron una multitud de paganos. Bertoldo, abad sajón del orden del Cister fue á trabajar en su compañía, dejó su abadía para consagrarse á esta misión, y por los ejemplos de sus austeridades y de su desprendimiento, de su modestia y de su paciencia inalterable imprimió en los nuevos fieles, y aun en los infieles, un gran respeto al Evangelio. Estos fueron los apóstoles de la Livonia, y los dos primeros obispos de la iglesia de Riga, en la que Bertoldo fue sucesor de Meinardo.

22. Tocaba ya el extremo de arruinarse la iglesia de Jerusalem lo mismo que el reino. Cometiéndose además la imprudencia de irritar á Saladino, en medio de la decadencia en que se hallaba, y de darle justa causa de quejas en la infracción de los tratados y de las leyes mismas de la humanidad, sin respeto á la tregua concluida entre los cristianos y el sultán. Siguió sus incursiones contra los infieles Reinaldo de Chatillon, Príncipe de Carac, y de acuerdo con los templarios que abundaban en sus estados, los cargó por todas partes, y los trató con bárbara dureza. Una caravana muy numerosa pasando tranquilamente bajo la fe de los tratados desde Egipto á la Arabia fue acometida, y todos los peregrinos reducidos á las cadenas. Reclamó estos prisioneros Saladino: Reinaldo, en vez de hacer justicia, se dió á los ímpetus de un falso celo, y vomitó mil injurias con-

tra Mahoma. Indignóse Saladino de suerte, que tomando á Dios por testigo de la fe de los juramentos violados por los cristianos, juró hacerles la guerra con todo su poderío, y quitar con su mano la vida á Reinaldo de Chatillon.

Poco despues entró en las tierras de los cristianos á la cabeza de un ejército de mas de cincuenta mil hombres (1). Cayó desde luego el peso de su venganza sobre los grandes maestros del Temple y del Hospital, Gerardo de Bideford y Rogerio de Moulins, á quien sorprendió y destruyó en el dia primero de Mayo de 1187. Marchó desde allí contra Tiberiades, perteneciente al conde de Trípoli, que se habia reconciliado á lo menos en la apariencia con el Rey Guido de Lusñan; pues la fe de este señor permaneció siempre sospechosa despues de la elevacion de Guido al trono, y diferentes autores afirman que su ambicion desenfadada escuchó la oferta que le hizo Saladino de darle la corona de Jerusalem si abrazaba el mahometismo. El sultán tomó por asalto la ciudadela. Volaron entonces el Rey de Jerusalem y todos los Príncipes, reunidos por la grandeza del peligro, al socorro de la plaza. Halláronse los dos ejércitos uno enfrente del otro en Hittin, poco distante de Tiberiades en 2 de Julio, que era un viernes, dia feliz y sagrado para los musulmanes. Con gran coraje se trabó desde luego el combate, y duró tres dias. En fin, los cruzados agoviados por el número, in-

(1) *G. Naug. Chron. ann. 1186. 1187.* = *Chron. Reichersp. ann. 1187.*